

Patatas en el fango, inverso y yapa

Andrés Ajens

Contadas veces intercambiara palabras
con Derrida, dice otro, testigo tal, ese
que nada atesta, nada asegurado, y que,
lo sabes, por un moroso saber, allende

y aquende el saber, nadie atesta por él.
Ocasiones: cinco o seis. Una en París,
en 1988, en un café de la rue d'Ulm,
tras su seminario sobre nacionalismos

filosóficos: *Kant, le Juif, l'Allemand*; dos
en Santiago, en 1995, cuando escribiera
Un ver à soie, y otras, antes y después,
entre Santiago y París, desvío postal.

Intercambiar palabras fuera, pero, giro
que mete la pata, intercambia; nos dirigimos
la palabra, contrafirmamos si quieres
algunos garabatos. Nada decisivo,

nada excepcional; la vida y la muerte
dándose, tomándose al pasar. Del enigma,
más de una vez, en traducción. De Todtnau-
berg, de Celan. De Camus y de un partido

del fútbol en El Biar. Del adiós sin adiós
de Germán Bravo. Y tras el seminario
sobre nacionalismos en filosofía, de
Fariás, Víctor. En un momento entre

café y café, Derrida nos preguntara
a Germán y a mí: ¿Y ustedes, no por
ser chilenos van a estar de acuerdo
con Monsieur Fariás? Con y sin ironía,

la cosa, *hélas*, del peor gusto fuera,
vomitiva, reitera. Al dejar el café,
en marchant

vers

rue Tournefort, hablamos

ya sin hablar. Jacques El Destripador,

¡qué imagen!, de puro amor
así lo llamara el picante de Germán, a veces
metiera las patas como cualquier mortal.

Años después, demora en el giro: cómo no
meter la pata, *n'est-ce pas*. Está en *Flor*,
dice, saludando una ínfima metida de pata,
descomunal, miles de años ha, en Monte-

verde, cogollo austral. En conclusión
sin conclusión, uy,
declusión tal: *ce que le savoir*
ne sait pas, c'est ce qui arrive. Voilà

ce qui arrive, sasaw si.